

## **La mediación de Cristo como acto sacerdotal según San Juan de Ávila**

ROGELIO GARCÍA MATEO, S.J.

En las religiones sacerdocio y mediación aparecen como actos afines. Pero la ofrenda perfecta e infinita, verdaderamente digna de Dios, no la pueden realizar seres imperfectos, limitados y pecadores. Para entrar en el lugar sagrado, donde la divinidad tiene su morada preferida, el sacerdote debe realizar, como muestra la fenomenología de las religiones, ritos de purificación y consagración, porque ni siquiera él está en condiciones de pasar por sí mismo al ámbito de lo divino. Por otra parte, ningún sacrificio sacerdotal o buenas obras de ángeles o de otras creaturas podrán añadir algo esencial a la autoalabanza divina, de lo contrario Dios necesitaría de otros seres y, por tanto, no sería Dios. En el ser divino existe, pues, antes de que fuese creado nada, desde toda la eternidad, una glorificación propia e inmanente que no cesará jamás, como se confiesa en el *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto, sicut erat in principio et nunc et semper in sacula seculorum*.

¿Implica la gloria intratrinitaria un acto sacerdotal? El Padre, el Hijo y el Espíritu son iguales en poder, eternidad y gloria, constituyendo una única divinidad. Ninguno de ellos puede, por tanto, considerarse como rindiendo culto o glorificando a los otros dos, lo cual equivadría a una inferioridad ontológica respecto a ellos; por tanto se debe ponderar lo que dice Juan de Ávila cuando, citando el Salmo 109 (110), 4, afirma que “este Señor (Cristo) por institución y juramento irrevocable de su Padre eterno, es Sacerdote para siempre según el orden de Melchisedec, sacerdocio más digno que el de Arón”<sup>1</sup>.

El *para siempre* parece perpetuar la función sacerdotal del Hijo en su preexistencia eterna, antes de la encarnación. Esta interpretación entraría

---

<sup>1</sup> Sermón 35, vol III, 431. Las citas de los textos avilinos se toman de *Obras completas. Nueva edición*, BAC, 4 vols. Madrid 2000-2003.

en discrepancia, como veíamos antes, con la igualdad divina de las tres Personas. Por consiguiente, no es evidente que haya una vinculación inmediata entre filiación divina de Cristo y el sacerdocio. Por otro lado, sabemos que Jesús actuó, más bien, como un rabí o como un profeta, y que no se llamó a sí mismo sacerdote, ya que, al no pertenecer a la tribu de Leví, sino a la de Judá, estaba fuera de tal posibilidad. El sacerdocio levítico, que comenzó con Aarón y sus hijos (Lev 8), estaba regulado por ley de transmisión hereditaria. Por tanto, tampoco en cuanto figura histórica, Cristo puede ser llamado sacerdote. Esto fue sólo posible después de haber hecho una interpretación de la institución sacerdotal del AT desde la obra salvadora de Cristo, comparándola y diferenciándola de la concepción sacerdotal veterotestamentaria. Ésta es la novedosa aportación de la epístola a los Hebreos, y en esta línea se encuentra la teología sacerdotal del Apóstol de Andalucía<sup>2</sup>.

### 1. Necesidad de un mediador

Dada la inmensidad e inaccesibilidad trascendente del ser divino, es siempre necesario una forma de mediación para acercarse a él. Las religiones establecen ritos, ceremonias, oraciones y sacrificios para ponerse en contacto con lo divino. En el ámbito filosófico, y con referencia a la obra redentora de Cristo, destaca el sistema filosófico de Hegel en el que el movimiento dialéctico pasa siempre por una mediación<sup>3</sup>. Teológicamente, grandes sistemáticos, como K. Barth y K. Rahner, han tratado la mediación de Cristo como un tema central de la cristología<sup>4</sup>. En nuestros días ha sido Bernard Sesboüe quien, partiendo de la Biblia, de la historia de la teología y de la sociología, ha presentado un planteamiento, ya clásico, sobre la mediación salvífica de Cristo según dos movimientos, uno descendente y otro ascendente. Así, comentando la epístola a los Hebreos, dice:

<Para desarrollar la exposición de la mediación de Cristo, el autor de la epístola, –sólo él entre los escritores neotestamentarios– utiliza ampliamente el lenguaje sacerdotal y declara a Cristo único y definitivo sumo sacerdote. Efectivamente en la antigua alianza “el sacerdocio se define como una empresa de *mediación*”. La función del sacerdote consiste en dar al pueblo la posibilidad de comulgar con Dios. Éste es el elemento central en el funcionamiento del sacerdocio: permitir una “acogida favorable obtenida ante Dios”.

<sup>2</sup> Cf. R. GARCÍA MATEO, Cristología sacerdotal en Juan de Ávila: *Estudios Eclesiásticos* 89(2011) 81-102.

<sup>3</sup> Cf. X. TILLIETTE, La cristología filosófica, en: *Rassegna di Teologia*, 43 (2002), 925-928.

<sup>4</sup> Cf. K. BARTH, *Kirchliche Domatik*, IV, 2,1; K. RAHNER, *Der eine Mittler und die Vielfalt der Vermittlungen: Schriften zur Theologie*, Bd.8, Einsiedeln 1967, 218-235.

Entre los aspectos ascendentes de la función del sacerdote está el sacrificio que establece o repara el vínculo con Dios. El sacerdote procura también al pueblo, según el movimiento descendente, los beneficios nacidos de la relación obtenida, en particular el perdón de los pecados, las respuestas que vienen de Dios y las bendiciones<sup>5</sup>

Desde este doble movimiento, Sesboué explica cómo la fe cristiana ha interpretado el sentido del sacrificio expiatorio de Cristo abandonando la idea de que tiene que haber una correspondencia tan exacta como sea posible entre el pecado o el mal causado y su reparación. Este esquema –continúa Sesboué–, útil para la justicia humana, se ha proyectado al ámbito de las relaciones entre Dios y el hombre, llevando a pensar que la justicia divina debe ser restituida en compensación por el pecado cometido, para poder ser perdonado<sup>6</sup>.

En Ávila, en cambio, se encuentra que el Dios justo y misericordioso es el que justifica al pecador cuando se convierte, en vez de vengarse de él. Los relatos de la pasión de Cristo lo subrayan claramente, como muestran las palabras de Jesús crucificado a favor de sus verdugos (Lc 23, 24). No se trata de un Dios irritado que exige la muerte sacrificial de su Hijo, aunque a veces parezca que se afirme; sin embargo, en el conjunto de los textos avilinos queda muy claro:

<Ya una vez fue hecha justicia de todos los pecados del mundo; la cual cayó sobre el inocente cordero, que es Jesucristo, para que todo culpado que quisiese llegarse a él sea perdonado [...] Él nos es dado por la misericordia del Padre, y en él tenemos todas las cosas, porque, en comparación de tal persona divina, como es el Hijo, ¿qué es todo lo demás sino menos que él? Y quien dio el Señor, también dio el señorío; y quien dio el sacrificio, dio el perdón; y quien dio al Hijo, dará todo cuanto quisiéremos (Rm 8, 32)><sup>7</sup>.

O sea, si Dios ha dado lo que él más quiere, su Hijo, cualquier otro don está como comprendido y a la vez trascendido por éste. La pasión y la cruz

<sup>5</sup> B. SESBOUÉ, *Jesucristo el único mediador*, Salamanca 1990, 101 s.

<sup>6</sup> B. SESBOUÉ, *Jesucristo el único mediador*, Salamanca 1990, 70 s. Un testimonio muy representativo de la visión vengativa se halla en los sermones del conocido teólogo francés Bossuet (1627-1704). En un sermón del Viernes Santo, partiendo de la palabra de Yavé “Mía es la venganza”, dice: “Era preciso, pues, hermanos míos, que venciese a su Hijo con todas sus fuerzas; y ya que había puesto en Él nuestros pecados, debía dirigir a Él también toda su venganza. Y lo hizo... de tal manera que no contento con haberlo dejado en manos de sus enemigos, Él mismo quiso ponerse de parte de estos, y lo destrozó y lo magulló con los golpes de su mano todo poderosa”, en: *Oevres oratoires*; III, París 1916, 385ss.

<sup>7</sup> Audi, filia (I), vol I, 425.

de Cristo no pueden ser simplemente un acto de justicia vindicativa o un castigo de la ira de Dios. Ávila lo explica comparándolo con el sacrificio de Abel:

<Acordaos de lo que dijo Dios a Caín: *La voz de la sangre de tu hermano Abel clama a mí desde la tierra* (Gén 4, 10). Y también de lo que Dijo San Pablo a los cristianos: *Llegado os habéis a derramamiento de sangre, que clama mejor que la sangre de Abel* (Heb 12, 24). Porque ésta daba clamores de justicia divina, pidiendo venganza contra Caín que la derramó; mas la sangre de Cristo, derramada en la tierra, daba clamores a la misericordia divina, pidiendo perdón. La de Abel pide ira; ésta, blandura. La primera obra enojo; ésta, reconciliación. La de Abel, venganza contra sólo Caín; ésta, perdón para todos los malos que fueron y serán><sup>8</sup>.

Este texto expresa admirablemente la diferencia entre la justicia humana y la de Dios, la cual es inseparable de su misericordia, hasta el punto de “entregar” su propio Hijo para la salvación del mundo (“de todos los malos que fueron y serán”) como cumplimiento del designio eterno de su voluntad salvífica. Comentando Mt 20, 17-19, Ávila dice:

<El Hijo de la Virgen será deshonrado, azotado, crucificado y que muera. Tomó San Pedro y díjole: “Señor, ¿Vos azotado? ¿Vos muerto? *Nunca Dios tal quiera*. No Digáis tal, Señor”.- “¿Qué decís, San Pedro? ¿Vos me dais consejo a mí en lo que tengo de hacer? *Non ea quae Dei sunt, sed ea quae hominum* (Flp 2, 21). Andad, Pedro, que no sabéis lo que decís><sup>9</sup>.

A la cruz va un Dios que es hombre, asumiendo y a la vez trascendiendo la fragilidad (sarx) ontológica y moral del ser humano de modo completo y definitivo, o sea, llevando a cabo el misterio de la encarnación (Jn 1, 14) en su totalidad. No se trata simplemente de un sacrificio personal; sacrificando su vida por los demás, Jesús muestra, a la vez, que Dios no tiene necesidad de ningún sacrificio; es solamente para bien del hombre, *propter peccata*.

<¿Dónde va en romería nuestro Jesús? En Jesrusalén. Siempre trató que entendiésemos cómo todo su viaje era Jerusalén. *Ibi consumabuntur omnia* (Lc 18, 31). Allí se acabará la jornada. ¿A qué vais? ¿A visitar el templo de Salomón, devoción de ver el arca del Testamento, ofrecer sacrificio, *Sancta Sanctorum*? – No, a nada de eso. En el seno del Padre fue *ab aeterno*. No le falta eso. Una cosa le lleva: el santo madero de la cruz. Va en romería. Éste es el templo

<sup>8</sup> Audi, filia (II), vol I, 722.

<sup>9</sup> Sermón 78, vol III, 1045.

y arca, *Sancta Sanctorum*, donde Cristo, Sumo Sacerdote, ha de entrar a ofrecer incienso *propter peccata*><sup>10</sup>.

El único Sumo Sacerdote, que está “en el seno del Padre *ab aeterno*”, es decir, que es de la misma esencia divina, hace innecesaria, plenificándola, la mediación ritual de los sacrificios ofrecidos por los hombres. El culto perfecto y definitivo que libera de la contingencia pecadora y, por tanto, de la falta de felicidad plena, desgraciada, del hombre fuera del Edén divino, es la obra redentora del Dios-hombre.

Cierto, en el terrible momento de la cruz Dios no intervine para salvar a su Hijo. Por eso algunos se burlan y sacan la consecuencia de que el crucificado es realmente un blasfemo (Mc 14, 61-64). La crucifixión no es solamente la muerte infligida a los peores malhechores, sino la de aquél que se ha manchado con los más graves delitos contra el Dios de Israel y, por ello, es expulsado del pueblo y maldecido de Dios (Dt, 21, 22-23). Esto está expresado cuando se dice que Jesús fue ajusticiado fuera de las murallas de la ciudad santa (Mt 27, 32; Gál 3, 13). Sin duda, Dios parece abandonar a Jesús a un destino infamante. Renegado por los apóstoles, Jesús se queda también solo en su relación con el Padre. O, como lo describe Ávila: “Solo en todos sus trabajos, *ultimo discipuli fugerunt* (Mt 26, 56), para mayor pena suya. Esto lamentaba en la cruz: *Ut quid dereliquisti? Respice*: Mírame aquí colgado, golpeado; mira este mi sacrificio que te ofrezco por los hombres; mira tu Hijo”<sup>11</sup>. Dios aquí, efectivamente, no protege a su Hijo, sino que deja que él realice hasta el *consumatum est* la misión salvadora encomendada. El grito de abandono no puede ser de desesperación, sino testimonio extremo de su entrega al Padre, a pesar de la experiencia de su abismal lejanía y del rechazo de aquellos por los que ofrece su vida. Pero, precisamente, por su esperanza contra toda desesperanza, Jesús se revela como el verdadero mediador. Así lo explica Ávila partiendo de Heb 5, 7:

<Cristo, en los días de la vida mortal que vivió, ofreciendo ruegos al Padre con clamor grande y lágrimas, fue oído por su reverencia (Heb 5, 7). Cristo pidió a su Padre que lo salvase de la muerte, no dejándolo permanecer en ella, mas resucitándolo a vida inmortal; y, como lo pidió, de esa misma manera fue hecho. También *ofreció ruegos y lágrimas* a su Padre por nosotros muchas veces; los cuales, por salir de corazón lleno de amor, se llaman *grande clamor*><sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Sermón 16, vol III, 221.

<sup>11</sup> Sermon 16, vol III, 222.

<sup>12</sup> Audi, filia (II), vol I, 721 s.

La resurrección a la “vida inmortal” del Padre es lo que hace posible que el sacrificio de Cristo sea una mediación perfecta y así pueda responder plenamente a las necesidades humanas, conocidas por propia experiencia, como subraya Vanhoyen comentando Heb 4, 14; 2, 17:

<Cristo llegó a su gloria actual por el camino de su pasión, es decir por el camino del sufrimiento y de la muerte humana. Su gloria no es ni mucho menos la gloria de la ambición satisfecha, sino la gloria del amor generoso. Esta gloria, por consiguiente, lo establece en la misericordia y le concede los medios para acudir en ayuda de los hombres><sup>13</sup>.

Entre la encarnación y el misterio pascual se da una perfecta coherencia, pues el abandono divino que Jesús sufre en su humanidad es la forma de como él llega a asumir la condición humana hasta el final y también el modo de recibir la plenitud de su divina filiación en la gloria de la resurrección. Ávila dice:

<Y pues en tiempo pasado dijeron: *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido* (Èx 15,1), digamos nosotros con profundo agradecimiento: *Cantemos al Señor, que humildemente ha sido engrandecido*; pues entonces ni se abajaba Dios, ni trabajaba en el descanso que daba, ni se empobrecía, aunque daba riquezas; más acá empobrecióse, sudó y *abajóse hasta la muerte, y muerte de cruz* (Flp 2,8), por levantar del pecado los suyos y llevarlos al cielo, y salió con ellos y cumplióse lo que dijo Isaías, *que por el pequeño sauce crederá la haya; y por la ortiga crecerá el arrayán; y será el Señor nombrado en eterna señal, la cual nunca será quitada* (Is 55, 13). Por que la honra que Dios ganó de ponerse *en señal*, que es la cruz, y en ella morir, y hacer de los malos buenos, durará para siempre><sup>14</sup>.

Sólo Cristo Hijo de Dios, sentado a la derecha del Padre, *cumple* plenamente las condiciones de ser “el sacerdote para siempre” anunciado por el salmo 110 y, por tanto, estar prefigurado en el sacerdocio de Mequisedech y en el arca de la alianza:

<Este cuerpo santísimo –dice Ávila– está todo dorado de dentro y de fuera, muy mejor que la otra arca, porque tiene ánima llena de Espíritu Santo, gracia y amor, y diversos dones que enriquecen con más excelente valor que el oro. Aquí dentro están las tablas de la ley de Dios; porque, como dice San Pablo, *en Él estan escondidos los tesoros de la sabiduría de Dios* (Col 2,3). Y

<sup>13</sup> A. VANHOYEN, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento*, Salamnaca 1984, 124.

<sup>14</sup> Audi, filia (II), vol I, 622.

no falta aquí la vara sacerdotal, pues este Señor por institución y *juramento irrevocable* de su Padre eterno, *es Sacerdote para siempre según la orden de Melquisedec* (Sal 109,4), sacerdocio más digno que el de Aarón<sup>15</sup>.

La mediación entre lo divino y lo humano de la unión hipostática llega en el misterio pascual a su plenitud. El Cristo glorioso ejerce una doble mediación salvífica: primeramente, una glorificación de amor filial perfecta, a través de la acción del Espíritu, al Padre en representación de todo el género humano y, como consecuencia, una obra de santificación de toda la humanidad.

<Desciende Dios hasta el hombre –dice Ávila– y sube el hombre hasta Dios. ¡Qué baja y qué alta! Para que sepáis cuánto puede Dios en bondad, es abajado a hacerse Dios hombre, hasta juntar la humanidad y darle supuesto y personalidad de Dios. Y no son dos supuestos, ni naturalezas [separadas]; mas juntas están naturaleza divina y humana, y la humana está apersonada, está supositada y arimada al Verbo divino, no dos personas, sino una. Para darte a entender que pues hubo bondad de Dios, sin ningún merecimiento, [para] levantar aquella humanidad a supositarla en Dios y adornarla de tantas excelencias y gracias, que es hacerlo su Hijo natural, que el que tuvo Bondad para esto la tendrá para levantarte a ti del estiercol, para que seas hijo de Dios por participación<sup>16</sup>>

El Cristo glorioso ejerce de un modo perfecto la mediación descendente y ascendente. Unidos personalmente lo divino y lo humano, pero sin diluirse lo uno en lo otro. El que es Hijo de Dios es, a la vez, sujeto de cualidades humanas; y el hombre Jesús se ha sentado a la derecha de Dios Padre, para ejercer el sacerdocio sumo y eterno con la efusión del Espíritu Santo. Es tan profunda esta unión que hasta la humanidad de Cristo es digna de ser adorada en sentido divino, y su madre es Madre de Dios. Este intercambio de propiedades, que la cristología llama “*communicatio idiomatum*”, supera todas las mediaciones divino-humanas que existan y puedan imaginarse. Ávila lo explica recurriendo a la unión sponsal:

<Desposado es el Verbo; la esposa es la sagrada humanidad. Y así como entre los casados es hacienda de ambos y es comunicable igualmente, así partieron y se comunicaron el desposado y la esposa lo que tenían [...]; y así dice que Cristo creó el cielo y la tierra, aunque en cuanto hombre no lo crió; pero se dice por la comunciación o casamiento y unión que tenemos dicha.

<sup>15</sup> Sermón 35, vol III, 431.

<sup>16</sup> Sermón 65, vol III, 871.



Y decimos que Dios murió. En cuanto Dios, claro está que no murió ni pudo morir [...]. Y así le conviene por la unión que hizo con su esposa lo que no le convenía por naturaleza<sup>17</sup>.

## 2. Oración sacerdotal

Todo sacrificio religioso es oración y toda oración personal o cumunitaria hace referencia a un acto sacrificial. El acento podrá estar en la expiación o reparación si se siente, ante todo, el peso del pecado propio o ajeno; en la alabanza, al verse gratificado por Dios. Otras veces surgirá el deseo de comunión con Dios. Todo el ser de Jesús es una continua oración, tiene el valor, como hemos visto, de un sacrificio existencial supremo, en el que el sacerdote es, a la vez, la víctima. O como dice Ávila con grande admiración: “¡Oh Pontífice sumo, verdadero, que ya habéis entrado en el *Sancta sanctorum*, hallado para eterna redención de los hombres, ganado no por sangre de animales, sino por la misma vuestra! (Heb 9, 11-12)”<sup>18</sup>. Los sacerdotes del AT tenían que ofrecer con frecuencia sacrificios de animales, primeramente por sus propios pecados y después por el pueblo, pero aun así no podían realizar una perfecta reconciliación con Dios, sin embargo, Cristo pudo ofrecerse a sí mismo por los demás, como argumenta Ávila:

<¿Quién es el que nos hace este bien? *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi* (Jn 1,29). ¿No se habían de ir los pecadores tras este Cordero? Es cordero manso y quita pecados. *Et peccatum in eo non est* (1Jn 1,29): San Pablo a los Hebreos. Otros sacerdotes ofrecen primero por sí y después por el pueblo. *Segregatus a peccatoribus, et excelsus coelo factus, innocens et impollutus* (Heb 7, 26)><sup>19</sup>.

Cristo es inseparablemente ofrenda a Dios y a la humanidad, por ello todo su ser de “vere Deus et vere homo” se puede calificar de “*pro-existencia*”: lo característico de su persona no consiste en *subsistir* en sí mismo, sino en *ek-sistir* para el Padre y para sus hermanos pecadores. W. Kasper lo expresa diciendo:

<Para la Escritura Jesucristo es el hombre para los demás. Su esencia es entrega y amor. En este amor a los hombres consiste la forma existencial concreta del señorío del amor de Dios para con nosotros. Su humanidad solidaria es, pues, la forma de manifestarse (epifanía) su filiación divina. Su trascendencia cara al prójimo es expresión de su trascendencia cara a Dios. Así

<sup>17</sup> Sermón 6, vol III, 96.

<sup>18</sup> Sermón 67, vol III, 909 s.

<sup>19</sup> Lecciones sobre I San Juan (I), vol. II, 280.



como respecto de Dios es existencia total en la receptividad (obediencia), así respecto de nosotros es existencia totalmente en la entrega y la sustitución. En esta doble trascendencia es mediador entre Dios y los hombres<sup>>20</sup>.

En el *Audi, filia* aparece una síntesis del concepto de oración en general: “Y por la oración entendemos una secreta e interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora haciendo gracias, ahora contemplando, y generalmente por todo aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios”<sup>21</sup>. La oración, para Ávila, surge, pues, espontáneamente como expresión de la comunicación personal con Dios; y es vivida por los personajes bíblicos. Particularmente, en Moisés descubre Ávila la oración del mediador. Muchas veces en el paso por el desierto Moisés tiene que interceder ante Dios por los pecados del pueblo:

<Cuando el santo Moisés, movido con entrañas de caridad y confortado con los muchos favores que Dios le hacía, se atrevió a decir aquella confiada palabra: *O perdona este pueblo o ráeme a mí del libro de la vida en que me escribiste* (Éx 32,31), ¡grande osadía y gran testimonio de su caridad! Mas el Señor declaró a él y a todos que este privilegio de aquella santidad y merecimiento de Uno, se extendía a aprovechar a otros por vía de *justo merecimiento*, y de la palabra y ordenación de Dios, que según su ley ordinaria no le puede negar, ni decir que no a quien le rogare por otros; no es de Moisés, ni de Abrahm, Isaac y Jacob, ni de San Pedro, ni de San Pablo, ni de San Esteban, ni de la sagrada Virgen María, ni del ángel, ni de ninguno del cielo, sino de sólo Jesucristo, *en el cual puso el Padre las maldades de todos nosotros* (Is 53,6), para que la santificación de Él se nos comunicase y por su merecimiento fuese dada gracia a los que, según santa ordenación, estuviesen dispuestos para la recibir<sup>>22</sup>.

El Padre, al poner en Cristo “las maldades de todos nosotros”, da la preferencia al ser humano en detrimento de su propio Hijo y, a la vez, establece un punto central desde la intercesión única de Cristo con las oraciones y los sacrificios de los creyentes antes y después de su presencia histórica. Esta misteriosa implicación de la mediación de Cristo hace que su oración tenga unos rasgos únicos

La oración es una actividad esencial en la vida de Jesús. Sobre su frecuencia y duración, sin poder precisar mucho, los evangelios dicen que se

<sup>20</sup> W. KASPER, *Jesús el Cristo*, Salamanca 1984, 268 s.

<sup>21</sup> *Audi, filia* (II), vol I, 686.

<sup>22</sup> Sermón 53, vol III, 690.

podía prolongar durante la noche. “Notorio está –dice Ávila– cuán continuo fue Cristo en el orar, y que se escribe en Él que se pasaba la noche en oración (Lc 6, 12). Y como quien sabe el bien que en ella va, nos amonesta muchas veces que oremos, y que siempre oremos (Lc 18,1)”<sup>23</sup>. Es evidente, por el contexto de sus enseñanzas y de su obras, que sus oraciones son inseparables de su misión salvífico-sacerdotal: “Esto –continúa Avila– le hacía *orar las noches* y derramar abundantísimas lágrimas, hincadas sus rodillas, pidiendo al Padre: Sálvense las ánimas, y pedidme por ello todo lo que fueres servido”<sup>24</sup>. En la oración se refleja, pues, según Ávila, con toda claridad cómo lo esencial del ser de Cristo es autoentrega, proexistencia, incondicionalmente disponible a realizar la voluntad salvífica de Dios.

La oración no es una actividad más en la vida de Jesús, sino una dimensión constante de su íntima relación con Dios; por eso su oración es ante todo filial. Jesús se dirige a Dios invocándolo con el nombre de *Padre* (Mt, 6, 9). Con este nombre Jesús desvela la relación singular y única que lo une a Dios. Comentando el evangelio de San Juan, el Maestro Ávila dice: “*La Palabra estaba cerca del Padre* (Jn 1,1). La Palabra del Padre su Hijo es, engendrado eternalmente de Él. *Y como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo* (Jn 5, 26)”<sup>25</sup>. En la oración de Jesús aflora la intimidad trinitaria de ser el Hijo unigénito, como se expuso arriba. Por ello sólo Jesús puede decir plenamente *¡Padre mio!*, y escuchar: *Tu eres mi Hijo amado* (Mc 1, 11). Ninguno ni nadie es Hijo de Dios como Jesús. Consciente del misterio único e irreplicable de su filiación, Cristo ora al Padre (Lc 4,42) con familiaridad y confianza, pero por ello también, con respeto y obediencia, sobre todo en los momentos importantes. Ávila señala algunos:

<Jesucristo, Señor de todos, oró en la noche de su tribulación, aun hasta derramar gotas de sangre (Lc 22,44). Y oró en el monte Tabor, para alcanzar el resplandor de su cuerpo (Lc 9,29). Oró primero que resucitase a San Lázaro (Jn 11,41-44); y a veces oraba tan largo que se pasaba toda la noche en oración (Lc 6, 12-13). Y después de una larga oración como ésta, dice San Lucas *que eligió entre sus discípulos número de doce apóstoles*><sup>26</sup>.

El hecho de que la oración de Jesús se sitúe en momentos decisivos de su vida revela cómo ella está unida estrechamente a su misión salvífica, en la que la albanza divina aparece en primer plano. Sobre los panes y los peces Jesús

<sup>23</sup> Audi, filia (I), vol I, 466.

<sup>24</sup> Sermón 81, vol III, 1084.

<sup>25</sup> Sermón 55, vol III, 715.

<sup>26</sup> Audi, filia (II), vol I, 688.

“pronuncia la bendición” (Mc 6, 41) que los multiplicará. Ávila lo expresa reproduciendo el texto evangélico: “Después de sentados, *toma el pan en sus manos y bendícelo y comienza a repartir a sus discípulos para que diesen a la gente*, y los discípulos repartieron de los panes y peces a todos”<sup>27</sup>. Al pronunciar la bendición divina (*berakah*) el judío renunciaba a ser propietario de lo bendecido. El verdadero propietario es Dios, que da de sus bienes a todos. Así la bendición es reconocimiento de la grandeza y de la generosidad de Dios.

Los evangélicos lo reafirman en otro texto citado por Ávila: “Así comienza el santísimo evangelio de la misa de hoy: *Alabo a ti, Señor, Padre del cielo y de la tierra, que escondiste estas cosas de los sabios y prudentes y las revelastes a los chiquillos* (Mt 11, 25)”<sup>28</sup>. Ésta es una de las formas más frecuentes de la Biblia para expresar el señorío de Dios sobre el universo; diciendo que Dios habita o tiene su trono en el cielo no es sólo porque se piense en su altura o en su lejanía, sino también porque se contempla la inmensidad de su gloria en las creaturas, como dice Ávila: Porque ¿qué pensáis, hermanos, que es el árbol que veis, y el agua y el cielo, y el sol y las estrellas y todo lo criado, sino unas señas de Dios? ¿Habéis mirado lo que hablan, pues dice David : *Caeli enarrant gloriam Dei?*(Sal 18, 2)<sup>29</sup>.

Los evangelios muestran bajo diversos aspectos cómo la intimidad de Jesús con Dios se traduce en una plegaria singular, de modo tal que sus discípulos ven en ella un modo de relacionarse con Dios que ellos mismos quisieran apropiarse (Mt 6, 9-13; Lc 11, 1-4). Ávila comenta:

<*Dimitte nobis debita nostra*, decimos en la oración dominica, y decimos *Pater noster* (Mt 6, 9.12), esto es oración de hijo. No la puede decir los quien no está en gracia. (Sí la puede, porque los santos dicen que no la dice cada uno en su nombre solamente, sino en nombre de todos, porque es oración común. Item, porque a los pecadores no les es vedado el orar, antes concedido y mandado y con esta oración enseñó Nuestro Señor Jesucristo a orar a todo el mundo: buenos y malos. Item el hijo pródigo, que representa un pecador sin gracia, dijo: *Padre, pequé en el cielo y delante de ti* (Lc 15,18); y otros lugares hay en la Sagrada Escritura donde los pecadores llaman padre a Dios, aunque le han ofendido)><sup>30</sup>.

En efecto, la oración enseñada por Jesús tiene profundas raíces en la oración del pueblo judío. Se podrían seguir sus huellas en la piedad bíblica, pero

<sup>27</sup> Sermón 12, voll III, 167.

<sup>28</sup> Sermón 78, voll III, 1044.

<sup>29</sup> Pláticas a las monjas de Zafra, vol. I, 891

<sup>30</sup> Lecciones sobre 1 San Juan (I), vol II, 137.

el *espíritu* es otro. La novedad no está en dirigirse a Dios llamándolo Padre, sino en poder hacerlo como Jesús que lo llamó “Padre” en el sentido de *Abbá* (Mc 14,36), o sea, *Papá*. Esta familiaridad tan desenvuelta y confiada resulta más que irreverente para el judío piadoso. Además, la paternidad divina no es sólo para el pueblo de Israel, sino, como resalta Ávila, para “todo el mundo: buenos y malos”; no acepta discriminaciones: hace salir el sol para buenos y malos (Mt 5, 44-45). La quinta petición, que Ávila menciona, es tan importante, que Mateo la comenta subrayando que quien perdona a sus semejantes, también será perdonado por el Padre celestial (Mt 6,14), es decir, las ofensas al prójimo están siempre vistas como ofensas al mismo Dios.

Junto a la bendición y a la alabanza hallamos en Jesús oraciones de petición y súplica por el perdón de los pecados, pero en ningún momento se hace mención de pecados propios; lo cual confirma la ausencia del pecado personal en él, que como “cordero inocente” se ofrece por los demás. Esto hace que su oración tenga un valor intercesor tan alto que, como resalta Ávila, supera todas las demás: “La voz de todos los hombres, por buenos que sean, sorda es delante las orejas de Dios, porque todos son pecadores de sí. Mas la voz de solo Cristo, pontífice nuestro, está acepta delante del Padre, que hace ser oídas todas las voces de todos los suyos”<sup>31</sup>. Efectivamente, en la relación de Cristo con el Padre se descubre con el mediador el prototipo de toda relación humana con Dios, sea sacrificio o sea oración, pues ambos actos están, por razón de la realidad divino-humana de Jesús, hipostáticamente referidos a la segunda Persona del Dios trinitario, de manera que Cristo une a sí mismo en su oración toda la comunidad de orantes del género humano:

<Esta voz, por ser tan grande, se llama clamor, como dice San Pablo, hablando de Cristo: *Con clamor grande y lágrimas ofreciendo, fue oído por su reverencia* (Heb 5,7). Ofreció el Señor ruegos al Padre muchas veces por nosotros. Ofrecióle también en la cruz su propio cuerpo, el cual fue tan atormentado que todo él era lenguas que daban voces al Padre, pidiendo por nos misericordia (Lc 23,24). Y por ser sus oraciones con entrañable amor hechas, por ser de persona al Padre tan aceptable, y por ser muy oídas y muy eficaces en las orejas del Padre, se llaman *clamor*>.

El único sacrificio ofrecido una vez por todas en la cruz plenifica el deseo de perdón y de reconciliación que toda religión y todo ser humano busca con sus sacrificios y oraciones. Para el Maestro Ávila, no cabe duda de que la oración y el sacrificio perfectos es el del Dios-hombre Jesucristo que se ofreció libremente al Padre desde el momento de su concepción, como sacerdote

<sup>31</sup> Audi, filia (I), vol I, 497.

y víctima: en la cruz hay un Dios que asume todo el pecado y el sufrimiento del mundo y un hombre que muere por los demás en un acto de perfecto amor al Padre para la vida del mundo. De aquí que toda oración cristiana tenga algo de sacerdotal, ya que es siempre participación al sacerdocio de Cristo.

La mediación oracional de Jesús se halla sobre todo en la llamada “oración sacerdotal”, pronunciada al despedirse de sus discípulos, después de la última cena (Jn 17). Comienza pidiendo al Padre la glorificación de Jesús para que así el Padre quede también glorificado; después pasa a interceder por los discípulos, que constituyen su heredad. Por ellos Jesús ruega al Padre: que los cuide en su nombre, los guarde del Maligno, los santifique, sean uno. Estos, a su vez, han conocido que todo proviene de Dios; que Jesús es enviado del Padre y como tal debe ser conocido por el mundo; en realidad la verdadera vida consiste en conocer a Dios y a su enviado Jesucristo<sup>32</sup>.

Juan de Ávila no ha escrito un comentario al respecto, sino solamente alguna consideración, pero es muy consciente de su gran relevancia; “y en aquella oración que escribe San Juan que hizo a su Padre, tan solemnísima, dijo: *Ego pro eis rogo, non pro mundo rogo, sed pro his quos dedisti mihi, quia tui sunt. Et mea omnia tua sunt, et tua mea sunt, et clarificatus sunt in eis* (Jn 17, 9-10)”<sup>33</sup>. Recoge la petición de unidad para los discípulos, subrayando, por un lado, la distancia que Jesús mantiene con “el mundo”, en cuanto sinónimo de maldad y pecado, y por otro, la íntima cercanía con el Padre, hasta el punto de posser en común lo que es del Padre, y ser también del Padre lo que es de Jesús. Existe una perfecta intercomunidad del Padre y del Hijo, de modo que todo lo del Padre es de Jesús y viceversa. Jesús pide por sus discípulos, porque se los ha dado el Padre y son del Padre. Fruto de la comunión entre Jesús y sus discípulos es la glorificación que Jesús recibe en ellos. El tema de la glorificación constituye ya la primera petición de Jesús, que Ávila comenta:

*<Venit hora: clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te* (Jn 17, 1) ¿Qué mayor gloria puede venir al hombre, que estando la gloria de Dios en él? Que es tener tal bondad, que sea un resplandor de la bondad de Dios; un espejo donde reverberen los rayos de la justicia, de la limpieza y de la santidad de aquel Señor que es fuente de toda la justicia, de toda la limpieza y de toda la santidad, etc.><sup>34</sup>.

<sup>32</sup> Cf. J. CABA, *Cristo ora al Padre. Estudio exegetico-teológico de Jn 17*, Madrid 2007.

<sup>33</sup> Lecciones sobre I San Juan (II), vol II, 379.

<sup>34</sup> Lecciones sobre la Epístola a los Gálatas, vol II, 39.

En la petición de glorificación Jesús está pidiendo al Padre lo que le sucederá con la resurrección; en ella la humanidad de Cristo quedará glorificada con “un resplandor de bondad de Dios...” que no tenía en su vida mortal, o sea, ser glorificado junto al Padre significaba alcanzar la gloria de la que el Hijo ya gozaba en su preexistencia trinitaria, *antes* de que nada existiera. Pero no se trata solamente de la gloria que el Hijo tiene desde un principio, sino que ésta se comunica a su ser humano, asumido en la encarnación. A este respecto argumenta Ávila:

<Si fuera Dios solo, es verdad que no podía ser mandado; pero porque también es hombre, en cuanto hombre pudo recibir mandamiento, así como en cuanto hombre pudo merecer. Y si fuera hombre puro, su merecimiento fuera finito; mas porque juntamente es Dios, por tanto fue su merecimiento infinito. Pues, en cuanto ha abajado, puede subir. *El que descendió, éste es el que subía* (Ef 4,10) [...]. Piense cada uno según su devoción, y más aquel entrar en el cielo, aquel hincar las rodillas en cuanto hombre delante del Padre, aquella cuenta que dio de la obra encomendada, aquel decir: *Padre, acabado he la obra que me diste para que la hiciese, manifestado he tu nombre a los hombres que me diste*, etc. (Jn 17, 4)><sup>35</sup>.

Con su amor-obediencia hasta el final, hasta la muerte, Cristo glorifica al Padre y da verdadera vida a los hombres. En este versículo el Padre se presenta como el sujeto donante y Cristo como el sujeto receptor. El envío del Hijo supone una misión, una “obra” a realizar. Las diversas actividades que Jesús realizó en su vida contribuyeron a llevar a término su obra fundamental: manifestar al Padre, obrando su voluntad a fin de conseguir el perdón para todos:

<Fue tanto lo que alcanzó Jesucristo en sus trabajos, fue tanta la gracia que cerca de su Padre halló, que ya no hay hombre que baste a desagradar a Dios [...]. Quiere él mismo que tú quieras allegarte a Él, que ya es ganado lo que andaba perdido; ya Jesucristo dio fin a nuestra enfermedad; ya acabó el su obra. Él mismo lo dijo: *Padre, perdona a estos* (Lc 23,34), miradlos con ojos alegres; *ya, Padre, acabé la obra que me necomendastes: Opus consummavi quod dedisti mihi, ut faciam. La obra que me encomendastes que hiciese ya es acabada* (Jn 17,4); *ya, Padre, es acabado el reparo para los hombres*><sup>36</sup>.

La obra encomendada por el Padre al Hijo no es un mero encargo o un mandato tal que lleve al Padre a desentenderse de ella, sino una acción conjunta, como subraya Ávila al considerar la humildad de Jesús respecto a su Madre:

<sup>35</sup> Sermón 18, vol III, 229.

<sup>36</sup> Sermón 32, vol III, 393.

<Y esta misma (humildad), muy más perfecta, tuvo su Hijo, nuestro Señor, el cual, así sus buenas obras como sus buenas palabras fidelísimamente predicaba al mundo que las había recibido del Padre, diciendo: *Mi doctrina no es mía, mas de aquel que me envió* (J 7,16). Y en otra parte dice: *Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo, mas del Padre que está en mí. Él hace las obras* (Jn 14,10)><sup>37</sup>.

Las obras de Padre son al mismo tiempo obras de Jesús. Jesús no hace nada por sí mismo; es el Padre el que lo respalda. Cuanto Jesús obra está, pues, en una relación de intercomunidad esencial con el Padre, ya que los dos son uno (Jn 10,20), por tanto, los dos actúan en unidad. Esta unidad Padre-Hijo es, a su vez, paradigma de la unión que debe reinar entre los discípulos y entre todos los que por medio de ellos crean en Cristo. Ávila se pregunta:

<¿Qué es ser cristiano? Tener la condición de Jesucristo. ¡Oh qué sabio es Dios! ¡Qué alto su consejo, que supo hacer para convertir el mundo! *Padre* –dice Cristo–, *ruégote que como yo y tú somos uno, así todos éstos sean uno, para que crea el mundo que tú me enviaste* (Jn 17,21); para que, viendo los infieles tanta paz y unidad entre los cristianos, digan: “No es posible sino que el Dios de éstos es el verdadero”><sup>38</sup>.

El fundamento y meta de la unidad de los creyentes es la unidad existente entre el Padre y el Hijo; testimoniarla es condición esencial para que “el mundo” reconozca al verdadero Dios, llegando a conocer no sólo el amor de Jesús, sino el amor del Padre mismo. Ávila comentando la expresión *Yo en ellos* (Jn 17,26), escribe:

<*Yo en ellos*, como está la cabeza en sus miembros; y *el amor con que me amaste esté en ellos*. Y si queréis saber por qué, porque Cristo está en ellos, como la misma oración lo había declarado, diciendo: *Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfeccionados, y conozca el mundo que me enviaste y los amaste a ellos como me amaste a mí* (Jn 17,23). El amor del Padre está en Cristo, y Cristo está en los hombres; de manera que en Cristo se juntan Dios Padre y los hombres><sup>39</sup>.

En efecto, él es el pontífice “medianero y reconciliador” que une a Dios con los hombres a través del amor divino, pues el Padre, al amar a Jesús dándole sus palabras y la gloria, ama también a los creyentes. Quien se une

<sup>37</sup> Audi, filia (I), vol I, 451.

<sup>38</sup> Sermón 57, vol III, 775.

<sup>39</sup> Sermón 34, vol III, 423.



a Jesús, es amado por el Padre. O, como dice Ávila en el *Tratado del amor a Dios*:

<Has, pues, de saber que así como la causa por que amó Cristo al hombre no es el hombre, sino Dios, así también el medio por que Dios tiene prometido tantos beneficios al hombre no es el hombre, sino Cristo. La causa porque el Hijo nos ama es porque se lo mandó el Padre, y la causa por que el Padre nos favorece es porque se lo pide y merece el Hijo (Jn 17,20)><sup>40</sup>.

Al final de la oración, Jesús expresa una vez más lo que él quiere y siempre querrá para sus discípulos: la unión de éstos con Dios mediante la presencia de su amor en ellos. Ávila refiriéndose a este final (Jn 17,26) afirma:

<Determinóse Dios de no querer a nadie, ni darle su gracia ni gloria, sino al hombre que viere unido con Cristo su Hijo; y que lo que le diera se lo da porque lo ve unido con Jesucristo e incorporado con Él. Y el Hijo, si gana perdón de pecados, si gana gracia, si gana gloria, no la gana como para extraños, sino gánala para sí mismo; y cuando ruega por éstos, ruega Cristo como por sí mismo. La cual sentencia declara el Señor orando a su Padre y diciendo: *Quiero, Padre, que el amor con que me amaste esté en ellos, y yo en ellos* (Jn 17,26). Que quiere decir que aquel amor con que el Padre amó a Jesucristo, pase a aquellos que están unidos con Él; de manera que el amar a Él, será amar a ellos, y amar a ellos, será amar a Él, por ser uno ellos y Él><sup>41</sup>.

Jesús aparece de nuevo como el medio concreto y único a través del cual se realiza la presencia en los creyentes del amor del Padre, pues el Padre, al amar a Jesús, ama también a todos los que se unen a él. Esto, a su vez, significa que el Espíritu como amor del Padre viene a habitar en los creyentes. Señal de esta unión entre el Hijo y los que creen en él es que éstos oran también, diciendo *Padre nuestro*. Aunque la oración sacerdotal está situada en un momento concreto, al final de la Cena y antes de la Pasión, sin embargo, su contenido trasciende el momento concreto, pues en ella se sintetiza la obra salvífica de Cristo, de sacerdote y víctima, de crucificado y resucitado. En ningún otro texto del NT aparece tan profunda y nítida la unión del Padre y del Hijo en, obviamente, el amor del Espíritu, y a la vez tan abierta, acogiendo a todos los creyentes.

### 3. Eucaristía

Sin dejar de ser una petición, toda la oración sacerdotal está en tono de una infinita gratitud. El centro de la acción de gracias de Jesús es su concien-

<sup>40</sup> Tratado del amor de Dios, vol I, 971.

<sup>41</sup> Sermón 53, vol III, 699.

cia de ser Hijo de Dios, “consustancial al Padre”, esencialmente unido a él, sin ningún intermediario, “Dios de Dios”, y, a la vez, verdadero hombre. En cuanto al contenido, la oración se refiere a la Cena y a la Pasión. Jesús se “entrega” en la cosagración eucarística, de forma sacramental, pero era preciso declarar verbalmente de qué decisiones interiores proceden lo celebrado y los tremendos hechos que van a seguir. En este contexto Juan de Ávila sitúa diversas consideraciones sobre la eucaristía. No obstante que la *hora* de su pasión ha inundado sus sentimientos, Jesús permanece inquebrantable en la acción de gracias. Ávila describe cómo el:

<Jueves Santo en la cena, *en la víspera de su pasión, tomando el pan en sus sacratísimas manos, alzando los ojos al cielo* dio gracias al Padre. Bendito seas tú por siempre. ¿Para qué, Señor, dabas tú gracias al Padre? Hacíase el bien a nosotros, y como si tú mismo lo recibieras, así le *das gracias* a tu Padre celestial.; porque vieron, Señor, tus ojos, que era tan alto el bien que en quedarte tú acá se nos hacía, y que la merced era tan grande, que sobrepujaba todo entendimiento humano. Bien vieron, Señor, tus ojos que no habíamos de saber agradecer la merced, ni menos saber dar las gracias que convenían, y por eso las diste por nosotros. *Dio gracias al Padre y dijo: Comed, que éste es verdaderamente mi cuerpo; haced esto en memoria mía* (Lc 22,19)><sup>42</sup>.

Jesús da gracias al Padre de ser el Hijo único, de pertenecer “consustancialmente” al Padre, de poseer toda su intimidad (corazón del Padre) y de ser al mismo tiempo aquel que ayuda a los hombres a dar a Dios las gracias que convienen. Su alegría de recibir el amor del Padre brota al contacto de los hombres, sobre todo, de aquellos que no poseyendo nada, solo pueden recibir. El Hijo ha recibido todo del Padre, para darlo a los demás. Así, pues, a través de Cristo, la acción de gracias, la eucaristía, más que un don del hombre a Dios, es un don de Dios al hombre. Ya vimos arriba que Dios no necesita de ningún sacrificio y de ninguna oración humana, sino que Dios los quiere para bien de los mismos seres humanos.

Las comidas, las cenas, todo banquete es una forma fundamental de reunión humana y, en un principio, también de comunión con lo divino<sup>43</sup>. En la alianza del Sinaí, después de ofrecer el sacrificio, se dice que Moisés y Aarón

<sup>42</sup> Sermón 38, vol III, 520.

<sup>43</sup> Ya en las religiones ancestrales el alimento representaba una forma importante de relacionarse con la divinidad. Para los pueblos primitivos, la oblación sacrificial iba vinculada al sustento cotidiano: La porción principal de la caza o de las cosechas estaba reservada a la divinidad como respuesta agradecida por los bienes recibidos. De un banquete forma parte no sólo la carne y los frutos, sino también el pan y el vino, que tenían su lugar correspondiente en el banquete sacrificial. Cf. G. WIDENGREN, *Fenomenología de la religión*, Madrid 1976, 257-294.

subieron al Monte con los representantes del pueblo, allí “vieron a Dios, comieron y bebieron” (Éx, 24,11). En referencia a este texto Ávila dice: “¿A qué me convida Dios?-. A que coma, beba y repose sobre su mesa; y que comáis el mismo manjar que él come”<sup>44</sup>. Al banquete festivo como lugar del encuentro con Dios se refieren algunas parábolas. Ávila, entre otras, menciona Mt 25,21 y Lc 22, 29:

<Tenemos también *compañía* con Dios en el *gozar* y en el descanso; y con razón, porque razón es que quien es semejante a Dios en costumbres, sea también en la gloria, según dice el Evangelio: *Euge serve bone; intra in gaudium Domini tui* (Mt 25,21). Entra tú a gozarte con el mismo que es tu Señor, a comer sus mismos manjares: *Ego dispongo vobis* (Lc 22, 29). No debajo de la mesa, sino a una mesa misma estemos Dios y nosotros><sup>45</sup>

Al banquete de la comunión con Dios están invitados todos, en particular el pecador arrepentido. Ávila lo resalta:

<Un solo hijo pródigo fue el perdido y el recibido con tantas misericordias, con tantas fiestas y regocijos: *Cito proferte stolam primam, et induite illum, et date annulum in manum eius, et calceamenta in pedes eius; et adducite vitulum saginatum et occidete; et manducemus et epulemur; quia hic filius meus mortuus erat et revixit; perierat et inventus est* (Lc 15,22-24)><sup>46</sup>.

El banquete como signo vivo de la comunión-alianza entre Dios y el hombre se realiza de manera única en la Última Cena. Jesús toma pan, como había hecho tantas veces. Este gesto, aparentemente insignificante, está cargado de contenido. Las ocasiones en las que el pan y la comida aparecen en los evangelios son diversas: la multiplicación de los panes (Jn 6,3-15); o frases como: “No solamente de pan vive el hombre”(Mt 4,4); “No os inquietéis por qué comeréis” (Mt 6, 25); “Mi Padre es quien os da el verdadero pan del cielo” (Jn 6,32).

<Según esto –Ávila comenta–, en el cielo comida hay, pues que hay pan. –Sí hay, por cierto, pues que hay vida, y la vida mantenimiento ha menester, y el mantenimiento con comer se toma. Y así, el manjar que de allá descendió para dar vida acá, allá está dando vida.

*Éste es Pan que del cielo descendió.* Pan vivo, porque da vida; pan vivo, porque él vive y es la misma Vida: *Acerca de ti está la Vida* –dice David ha-

<sup>44</sup> Sermón 12, vol III, 176.

<sup>45</sup> Lecciones sobre 1 San Juan (II), vol II, 359.

<sup>46</sup> Lecciones sobre la Epístola a los Gálatas, vol II, 56.

blando con Dios [...]. Y venido a este mundo, después que hubo hecho el gran convite de cuerpos y hartado a millares de hombres y de mujeres con *cinco panes y dos peces* (Jn 6,9-12), gloriándose los judíos de que Dios había dado a sus padres en el desierto el *maná del cielo*, con que se mantuviesen en el desierto, les dijo el soberano Maestro, Dios humanado, las palabras del tema, hablando de sí mismo: *Éste es el Pan que descendió del cielo* (Jn 6, 50)<sup>47</sup>.

La forma con que Ávila subraya el paralelismo entre el pan y el evento de la encarnación es muy certera. Un alimento es algo sustancial; es energía que mantiene y vivifica, y algo asimilable, susceptible de dejarse comer. Jesús, como vimos, está totalmente entregado a Dios y a la humanidad; es *pro-existencia*, y esto se realiza sacramentalmente en la Última Cena. Sin embargo, su energía divina en esos momentos permanecía todavía sumisa a los límites de la condición humana, circunscrita al tiempo y al espacio. Pero con su muerte y resurrección quedan superadas esas barreras y Jesús se convierte realmente en el Pan de los que a través de los siglos creen en él. O, como dice Ávila:

<Mas los que de tu presencia corporal no gozamos en aquellos tiempos, porque aún no eramos nacidos, te alabamos, y de corazón te agradecemos que *por nosotros, hombres, y por nuestra salud descendes del cielo*, no una vez, como entonces en el vientre de la Virgen, mas innumerables veces en el vientre de la hostia consagrada, para desde allí entrar en nuestros corazones, a darnos vida con esta tu venida, que nos ganaste con la primera. ¿Qué aprovechara al mundo que descendiste del cielo y moriste en la cruz, sino descendieras ya vivo del cielo para darnos la vida que nos ganaste en la cruz con tu muerte?><sup>48</sup>.

De esta forma el Maestro Ávila subraya cómo en la eucaristía no se trata simplemente de una celebración conmemorativa, que se repite, sino del acto salvífico-escatológico que la muerte y la resurrección de Cristo significan y que se hace continuamente presente; no es recuerdo de un muerto, sino rememoración de un viviente que viene siempre de nuevo a sentarse a la mesa con los suyos, para celebrar la verdadera vida, que es él mismo, hasta que venga de modo definitivo. Este significado escatológico está indicado en el *Haced esto en memoria mía*.

Jesús tomó, en referencia a su cuerpo y a su sangre, junto al pan el vino, para expresar la acción vitalizadora de la entrega de su vida. Ávila dice: “*El*

<sup>47</sup> Sermón 55, vol III, 715-718.

<sup>48</sup> Ibid, 719.

*jueves*, no le podemos quitar su misterio muy excelente, conviene a saber, cómo el Hijo de Dios con profunda humildad lavó los pies a sus discípulos y después les dio su Cuerpo y Sangre en manjar de vida<sup>49</sup>. Se trata, pues, de dos elementos que coinciden en un significado común: la libre entrega de Cristo a la muerte para la vida del mundo. En efecto, si el pan significa el alimento primordial para la vida, la sangre es considerada en la Biblia “el alma de la vida” (Lev 17,10-15). Pero junto a este carácter vital, la sangre simboliza asimismo un sentido sacrificial. El rito de la efusión de sangre es, según el AT, el momento principal del sacrificio (Éx 24,7-8). La sangre sella el vínculo de la alianza, creando una comunidad de vida entre Dios y los participantes al sacrificio. A la vitalidad de la sangre se le atribuye asimismo un poder purificador (Lev 17,11). Ávila, siguiendo una vez más la epístola a los Hebreos (9,13-14), lo destaca:

*<Si la sangre de los cabrones, y de los toros, y la ceniza de la becerra derramada, a los sucios santifica para limpieza de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu Santo a sí mismo se ofreció limpio a Dios, santificó nuestras conciencias de las obras muertas para servir a Dios? ¿Qué tiene esta bendita sangre? ¿Ésta, que limpia nuestras manchas, lava nuestros delitos? ¡Quién preguntará a Jesucristo!: “¿Quién os trae, Señor, a padecer tanto? ¿Quién mueve ese Corazón para que sufra tanto?”.- La sangre de Cristo, que fue derramada por el Espíritu Santo; el Espíritu fue el que le hizo y le movió que de tan buena gana la derramase. Él es el que le decía: “Si no morís, no entrará nadie en el cielo; morid, si no, nadie se salvará”><sup>50</sup>.*

El Espíritu, que un día hizo posible la encarnación-unción del Verbo, es también quien mueve a Cristo a derramar su sangre para la salvación de la humanidad. En la docilidad de Jesús al Espíritu del Padre, sobre todo durante su pasión, muerte y resurrección, ve Vanhoyen la razón de la estrecha conexión del Espíritu con la sangre de Cristo<sup>51</sup>, “que limpia nuestras manchas, lava nuestros delitos”. O sea, que al recibir el cuerpo y la sangre de Cristo, es decir su vida, el cristiano recibe también su Espíritu. Y así, lo que sin el Espíritu sería mera adición de individuos, unidos tal vez por unas creencias

<sup>49</sup> Audi, filia, vol I, 692.

<sup>50</sup> Sermón 29, vol III, 361.

<sup>51</sup> En Hb 10, 29 se dice que el cristiano es santificado por la sangre de la alianza, pero en en 1Cor 6,11 se afirma: “Fuisteis lavados, santificados, justificados en nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios”. Esta diversidad, según Vanhoyen, no significa una contradicción, sino un complemento. Cf. A. VANHOYEN, *Sangue e Spirito nell'Epistola agli Ebrei*, en F. VATTIONI (Ed), *Sangue e antropologia nella letteratura cristiana*, Roma 1983, 839 s.

comunes, por la sangre de Cristo, *derramada por el Espíritu*, se unen a Cristo formando un solo cuerpo; en este sentido Ávila argumenta:

<Los amorosos ojos de Dios, según hemos dicho, la adopción de hijos, la gracia y dones del Espíritu Santo, en sólo Jesucristo están y a Él se han dado como a fuente; y aquel sólo gozará de ellos que se incorporare en Jesucristo y fuere cosa de Él, no como quiera, sino como miembros o cuerpo, que con su cabeza hacen una *persona mística*, cual es Cristo y la Iglesia><sup>52</sup>.

La *mística* unión con Cristo, como cabeza, no significa unirse sólo al Hijo, sino con él al Padre en el amor del Espíritu. Esto lo certifica Ávila a continuación, citando y comentando la alegoría de la vid y el sarmiento (Jn 15, 1-2) que precede a la oración sacerdotal: “¿Quién será tan sabio que conozca el precio que vale tener Dios tal cuidado de un hombre incorporado a su Hijo como un sarmiento a una vid, para limpiarlo, corregirlo, abrigarlo, a semejanza de lo que hace un podador con la vid?”

La vida que Jesús comunica con su poder salvífico consiste en conocer al Padre y a su enviado: “Quien dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, miente y no tiene verdad. Conocer a Dios gran bien es. Él dijo: *Hoc est vita aeterna: ut cognoscant te Deum verum et quem missisti Iesum Christum* (Jn 17,3). Vivir y vida eterna es conocer a Dios y a Jesucristo, su Hijo”<sup>53</sup>. La vida que otorga este conocimiento no sólo hace justos sino que comunica una vitalidad nueva, que la hace eterna, lleva a la comunión con el Dios uno y trino. Pero para ello Jesús ha de ir al Padre:

<Si sois igual, Señor, al Padre, ¿cómo subís a Dios? – Por la parte que bajó, por esa puede subir. Según su humanidad, menor es que el Padre; así lo dijo Él: *Pater maior me est* (Jn 14,28); y por esta parte pudo subir. Y en cuanto se abajó más bajo que el Padre, en tanto le pudo el Padre poner mandamiento [...]. Descender del cielo es hacerse hombre; subir hoy al cielo es llevar allá su santísima humanidad, con grande alegría y gloria, con gran música de ángeles, hasta el cielo empíreo, donde reina para siempre><sup>54</sup>.

Con su ascensión a la diestra del Padre la mediación sacerdotal de Cristo no se extingue, sino que permanece eternamente, cumpliéndose lo dicho en el salmo 110 “Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melquisedech”. Considerando el acto mediador de Cristo en su conjunto, tal y como Ávila lo presenta, se constata que no se trata sólo de Jesucristo, sino de un acon-

<sup>52</sup> Sermón 34, vol III, 423.

<sup>53</sup> Lecciones sobre la 1 San Juan (I), vol II, 155.

<sup>54</sup> Sermón 18, vol III, 229.

tecimiento del Padre, del Hijo y del Espíritu, en el cual cada Persona divina está comprometida según su propia identidad intratrinitaria: el Padre, del que todo procede, entrega lo más suyo, lo que más ama, su Hijo, para la salvación del mundo; el Hijo responde al amor del Padre entregándose a sí mismo por amor al mundo. El pontífice del AT entraba en el Santo de los santos una vez al año, después de haber inmolado la víctima y haberse rociado a sí mismo con la sangre. Llevaba sobre su pecho doce piedras preciosas, que simbolizaban a las doce tribus de Israel, es decir, simbólicamente todo el pueblo entraba con él. Esta solemne entrada reconciliadora y redentora la realiza Cristo una vez por todas con su vida, muerte, resurrección y ascensión. “¡Oh Pontífice sumo, verdadero –exclama Ávila–, que ya habéis entrado en el *Sancta sanctorum*, hallado para eterna redención de los hombres, ganado no por sangre de animales, sino por la misma vuestra! (Hb 9,11-12)”<sup>55</sup>. Y al entregarse a sí mismo, el Amor pentecostal del Padre y del Hijo se difunde y se infunde en los que creen en él y en la humanidad toda:

<Ya está en los cielos, ya no le falta nada para su descanso; si estando en su prosperidad nos olvidara, ¿qué fuera de nosotros? Sea su misericordia bendita. Fue Jesucristo al cielo, dice San Pablo, a parecer delante del gesto del Padre, para ofrecerle su pasión y recabarnos el Espíritu Santo (Heb 9,4; Jn 14,16)><sup>56</sup>.

---

<sup>55</sup> Sermón 67, vol III, 909.

<sup>56</sup> Sermón 28, vol III, 334.